

« en vez de acudir á Dios, nos quejamos : del prójimo ;
« en vez de sacar provecho de todas estas situaciones,
« nos precipitamos en el mal. »

INSTRUCCION VIII.

DEL RECUERDO DE LAS INJURIAS.

Ya en otro lugar hemos hablado del recuerdo de las injurias, que forma el objeto de la octava instrucción dada por san Doroteo á sus religiosos, así es que sólomente expondremos aquí los puntos más culminantes.

Nos han enseñado nuestros Padres, dice, que nada « hay tan contrario á la profesión monástica, como montar « en cólera y afligir al prójimo : pues el que vence la cóle- « ra vence al demonio. ¿ Qué deberemos, pues, decir de « aquellos, que no sólomente se encolerizan, sino que con- « servan el recuerdo de las injurias ? ¿ Qué hacer, sino la- « mentarnos de sus malas disposiciones ? Es preciso, mis « hermanos, no considerar este sentimiento como insigni- « ficante, sino ahogarlo al punto. Hay una gran diferen- « cia entre el recuerdo de las injurias y la cólera : diferen- « cia que os voy á dar á conocer por medio de una compara- « ción. Cuando se quiere encender candela, se enciende « primeramente un carbón pequeño. Este carbón es pre- « cisamente la palabra que nos ofende. Si la habeis sopor- « tado con paciencia, habreis apagado el carbón. Pero si « os deteneis á considerarla, diciendo : ¿ porqué- « me habrá dicho esto ? ya le responderé yo lo que con- « viene : no me habria hablado de este modo, si no « hubiese tenido intención de ofenderme : sepa que le exi- « giré entera retractación. Semejantes pensamientos son « como la leña que se echa al fuego, y el humo que produ-

« ce este fuego es la turbación del ánimo, es decir, la agita- « ción, el concurso de los diversos pensamientos que con- « turban el corazón, y le inspiran el deseo de la venganza.
« Ved á lo que puede conducirnos una sola palabra, si no « procuramos acallar en su nacimiento la turbación que « nos proporciona. »

« Pero nada me admira tanto en esto, como ver que « ignoramos lo que casi continuamente tenemos en nuestra « boca. No hay un solo día en que no nos carguemos á no- « sotros mismos de imprecaciones, cuando recitamos estas « palabras de los Salmos : *Si pagué con mal á los que me « lo hacian, caiga con razon bajo mis enemigos sin esperan- « za, Persiga el enemigo á mi alma, y alcáncela, y pise en « la tierra mi vida, y reduzca á polvo mi gloria* (1). Somos, « pues, muy desgraciados, hermanos míos, cuando conser- « vando en nuestro corazón el recuerdo de las injurias, no « nos apercibimos de que en estos cánticos pronunciamos « el decreto de condenación contra nosotros mismos. »

« Hay algunos que no creen devolver mal por mal, por- « que no lo hacen con sus obras sino con sus palabras. Otros « no devuelven mal por mal, ni aún con sus palabras, pero « alimentan en su corazón sentimientos de odio y de des- « precio para con sus hermanos. No manifiestan estar « ofendidos de ellos ; pero si saben que alguien los ha « maltratado ó causádoles alguna amargura, se sienten « llenos de satisfacción. Hay otros, por último, que no se « gozan en hacerles mal alguno ; pero se alegran de que « otros se lo hagan, ó de que se les prive del honor y de « la estimación. Pues bién, todo esto es recordar las in- « jurias.

« Quiero también hacerlos observar que hay algunos que, « habiendo tenido alguna diferencia con sus hermanos y ha-

(1) Ps. VIII, 5-6.

« biéndoles dado satisfacción, no dejan de conservar alguna prevención contra ellos, y aún cuando se hayan curado de la cólera recociándose, no han olvidado enteramente la injuria. Otros, despues de haberlos perdonado de buena fé, si llegan á recibir una nueva ofensa, recuerdan, no sólamente la injuria reciente, sino aquellas primeras que ya parecían olvidadas. Pues bién, estos se asemejan á un hombre que, aún cuando curado de la herida que recibió, se conserva siempre débil, y se resiente de la parte lesionada. »

« Trabajemos pues, mis hermanos, por curar nuestras cicatrices, y hagamos de modo que se cierren perfectamente, y que no dejen deformidad alguna. El medio más eficaz para conseguirlo es rogar á Dios con todas las fuerzas de nuestro corazón por aquellos que nos hayan causado alguna molestia, diciendole : Haced, Señor, misericordia á mi hermano y á mí. »

INSTRUCCION IX.

SOBRE LA MENTIRA.

« Mi designio, hermanos míos, dice san Doroteo en esta intrucción, es deciros alguna cosa acerca de la mentira, porque, á mi juicio, no teneis toda la exactitud necesaria para regular los movimientos de vuestra lengua, lo cual es causa de que en algunas ocasiones se os escapen algunas cosas contra vuestro deber. »

« Está escrito que el demonio es *mentiroso y padre de la mentira* (1); por el contrario, Jesucristo es *el camino, la verdad y la vida* (2). Considerad, pues, que, dejando la

(1) Joan. VIII. 14.

(2) Joan. XIV, 6.

« mentira, dejais al demonio, y que siguiéndola, seguis al demonio. Si teneis un verdadero deseo de la salvación, amad la verdad con todo vuestro corazón, y preservaos de la mentira, que os separa de Aquel que es la verdad y la vida. »

« Se puede cometer la mentira de pensamiento, de palabra ó de obra. Se cae de pensamiento en la mentira, formando sospechas del prójimo : por ejemplo, cuando vé un religioso que alguno de sus hermanos habla con otros, y sorpecha que lo hacen de él, ó si interrumpiendo su conversación, sospecha que lo hacen por su causa, ó si imagina que tal ó cual palabra la han dicho en sentido ofensivo para él : en una palabra, si en lo que oye decir, ó vé hacer á sus hermanos, se considera aludido, y pretende penetrar los motivos de sus palabras ó acciones. »

« Ved aquí como se comete la mentira de pensamiento : nada se dice de verdad, todo se funda en meras sospechas, que producen esos juicios erróneos que formamos de las acciones del prójimo, esas murmuraciones, esas calumnias, esas rencillas, esas libertades, en una palabra, con que juzgamos ó condenamos á nuestro prójimo. »

« Sucede algunas veces que son fundadas nuestras sospechas ; pero no por eso dejan de ser perniciosas, pues la mayor parte de las veces nos hacen ver cosas que no existen ni han existido. Para probarlo voy á aducir un hecho extraordinario, de que fuí testigo, cuando estaba en mi primer monasterio.

« Habia en él un religioso dado á este vicio, y que daba tal fé á sus sospechas, que consideraba como verdad evidente é innegable todo lo que se le venia al pensamiento. Un dia entró en el jardín para curiosear, según su costumbre, lo que allí pasaba, y creyó ver que un religioso cogia higos y se los comia. Era muy de mañana, y

« aquel día debía prepararse toda la comunidad para acercarse á la sagrada Mesa.

« Persuadido de que era verdad lo que habia imaginado, se retiró sin decir una palabra, y esperó la hora de la Comunión para ver lo que hacía aquel hermano. Como viesse que lavaba sus manos y que, como los demás, se acercaba al altar, se dirigió al abad, y le dijo : Impedid que este religioso comulgue, porque le he sorprendido comiéndolo higos en el jardín.

« Llamóle en seguida el abad á solas, y le dijo : ¿ Qué vais á hacer ? Sorprendido el religioso, le respondió : os ruego que me digais á que aludís. ¿ Qué haciais esta mañana en el jardín ? continuó el abad. ¡ Ay ! Padre mio, contestó nuevamente : yo no he estado hoy en el jardín más aún ni en el monasterio, pues el mayordomo me envió á un mandado. El abad se informó de éste, el cual, confirmando lo dicho por el religioso, añadió : Perdonadme, padre mio : estabais dormido y fatigado de la vigilia de la noche, y por no turbar vuestro reposo, no quise que el hermano fuese á pedirnos la obediencia antes de salir del monasterio.

« Informado el abad de todo lo ocurrido, llamó al religioso que habia formado la sospecha, le privó de la comunión, le reprendió severamente, y congregando á todos los religiosos, les manifestó con lágrimas en los ojos lo que habia sucedido, llenó de confusión al religioso, y nos hizo ver a todos los males que acarrearán las sospechas.

« En cuanto á las mentiras que se cometen de palabra, ved aquí un ejemplo. Un religioso llevado de la pereza, no quiere levantarse al oficio de la noche, y en lugar de confesar su falta, se excusa pretextando hallarse enfermo. Si se le reprende por alguna cuestión tenida con otro religioso, procura siempre justificarse, echando la culpa al

otro. Al obrar así, solo se propone evitar que se le humille. Si desea alguna cosa, emplea rodeos para alcanzarla, finge necesidades, y no cesa de mentir hasta satisfacer su capricho. »

« Un hombre que de semejante manera procede no es digno de que se le dé crédito : pues si por casualidad dice alguna vez la verdad, no se le puede creer, pues á lo menos, saldrá de su boca acompañada de nebulosidades y equívocos. »

« Se miente, por ultimo, de obra, cuando se finge tener una virtud de que en realidad se carece. Por ejemplo, cuando siendo avaro, se fingen sentimientos de compasión y caridad : cuando siendo soberbio, se alardea de humildad : cuando se manifiesta admiración por una virtud que no se practica ; pues entónces se obra, no para evitar el escándalo que se causaría hablando de otro modo, sino para aparentar que no hay un vicio, ó que hay una virtud. Efectivamente, si, alabando una virtud de que se carece, quisiéramos hablar con sinceridad, se empezaria por humillarnos confesando que estamos desprovistos de ella, y encenagados en el vicio contrario. Ahora bién, no se habla de una virtud, no se la alaba, no se toma su nombre, si no para escubrir mejor los propios defectos, engañando de esta manera á los demás. »

« Ved aquí como se peca mintiendo de obra. El que así procede carece de sencillez : es un falso, y sus acciones se hallan en oposición con los sentimientos de su corazón. »

INSTRUCCION X.

DEL CUIDADO CON QUE DEBEMOS CORREGIRNOS Y ADELENTAR EN LA VIRTUD.

Exhorta muy encarecidamente san Doroteo en esta instrucción á sus religiosos, á fin de que aprovechen el tiempo en domar sus pasiones, en desarraigar sus vicios, en adquirir la virtud, y en conservarse entre los extremos, que siempre son viciosos.

« Apliquémonos, mis hermanos, dice, á vigilar sobre « nosotros mismos, y trabajemos : porque, ¿ quién nos devolverá el tiempo que tengamos la desgracia de perder ? « Podremos muy bien buscar los dias que hemos perdido, « pero nos los encontraremos. San Arsenio se decia á sí « mismo constantemente : Arsenio, ¿ para qué has dejado « el mundo ? Por lo que á nosotros toca, vivimos en una « negligencia tan grande, que no sabemos para que lo « hemos dejado, ni para que hemos venido á la soledad. « De aquí, que en vez de adelantar, vivimos en la inquietud y en la turbación sin velar por nosotros mismos. Si « quisiéramos combatir y hacernos violencia, no nos faltarian ocasiones en que acrecentar el tesoro de merecimientos : pues cuando desde el principio nos esforzamos por superar los obstáculos y por hacer todas las cosas según á nuestro deber cumple, no deja Dios de concedernos los auxilios necesarios. »

« Declarémonos, pues, la guerra á nosotros mismos : « levantemos el edificio de nuestra santificación sobre sólidos cimientos, y tengamos siempre ante nuestros ojos « el bien que podemos hacer, pues aún nos falta algo para « llegar á la perfección. No olvidemos, que, para adquirir

« la virtud, es preciso que no trabajemos con tibieza é indiferencia, sino que nos entreguemos enteramente á ella « noche y dia. »

« La virtud tiene un término medio entre dos extremos « opuestos, y este medio es el que se llama vulgarmente « camino real, único que nos recomiendan los Santos. Por « ejemplo, la fortaleza se halla entre la timidez y la temeridad : la humildad, entre el orgullo y la vana complacencia, y el temor respetuoso, entre la desvergüenza y « el falso pudor que nos sonroja sin motivo. »

« Tal es el camino que emprendieron los Santos, y por « el cual también debemos nosotros marchar, si hemos de « imitarles. Un santo anciano decia : Seguid el camino « real, y medid las millas que adelantais, queriendo enseñarnos con esto, que debemos considerar en donde nos « hallamos, cuanto camino hemos recorrido, y á que grado « de virtud hemos llegado. Por ejemplo, somos como los « que se proponen ir á Jerusalem, y habiendo partido todos de un mismo paraje, unos se detienen despues de haber andado cinco millas : otros despues de haber hecho la « mitad del camino : otros se extravian y vuelven al mismo lugar de que partieron, y otros, por último, llegan « hasta las mismas puertas de la Ciudad santa, pero no « entran en ella. »

« Pues otro tanto nos ocurre á nosotros : todos hemos « abandonado el mundo y entrado en el monasterio sin « otro designio que el de adquirir la virtud ; pero algunos « han adelantado un poco en ella, y se han estacionado : « otros han adelantado algo más, y también se han detenido : otros no han hecho absolutamente nada : otros « han adquirido disposiciones para la virtud, pero se glorian de ello, y desprecian á sus hermanos. De aquí el « que ninguno penetra en la ciudad santa, todos se quedan « fuera. Piense cada uno con la mayor atención, y consi-

« dere, si ha adelantado, si ha retrocedido, si ha llegado
« hasta Jerusalem, si ha entrado en ella, si ha sido reci-
« bido en el número de sus moradores. »

« Hay en los hombres tres disposiciones diferentes : la
« primera, cuando siguen sus pasiones ; la segunda,
« cuando las reprimen, y la tercera cuando las arrancan
« de raíz. Estas tres diferentes disposiciones suministra-
« rían materia para un larguísimo discurso ; pero, para no
« ocuparnos hoy de todas ellas, hablemos, por ejemplo,
« de la vana gloria. Hace este vicio que un religioso no
« pueda sufrir una advertencia de ninguno de sus herma-
« nos. Si le dicen una palabra, se turba : contesta con
« diez ; disputa y se incomoda. Cuando ha pasado la con-
« tienda, no por eso ha pasado su preocupación : conserva
« resentimiento, y arrepintiéndose de no haber contestado
« con más energía, se dice á sí mismo : ¿ Porqué no he re-
« plicado esto á aquello ? pero no hay cuidado : me lo re-
« servo para otra ocasión. »

« No permita Dios, mis amados hermanos, que abri-
« guemos semejantes disposiciones. No hay castigo sufi-
« ciente ni adecuado para ellas : pues todo lo que ha llegado
« á constituirse en hábito, conduce al infierno. Por esta ra-
« zón os recomiendo con tanta frecuencia que destruyais
« estos vicios, que arraigan y se fortifican con el há-
« bito. »

« En cuanto á los que reprimen sus pasiones, no todos lo
« hacen igualmente. Hay unos que con una sola palabra
« que se les diga se sienten molestados, no porque se les
« desprecie, sino porque no tienen suficiente virtud para to-
« lerarla con paciencia. Otro tanto debemos decir de aque-
« llos que resisten, aunque con trabajo ; pero que sucum-
« ben algunas veces á los continuados embates de la pasión.
« Hay otros que quieren resistir, pero á quienes arrastra
« el hábito. Otros se hacen mucha violencia para no decir

« nada ; pero se molestan en extremo de verse desprecia-
« dos, y despues se indignan consigo mismos y se arrepien-
« ten. Pongo á todos estos en el número de los que resisten
« á sus pasiones, por más que algunas veces se dejen
« arrastrar de ellas ; puesto que se hallan dispuestos á re-
« sistirlas, aunque no siempre lo hagan. Pero debo obser-
« var, como hacen los santos Padres, que aquellas cosas
« á que nuestra voluntad no se aferra, no son de dura-
« ción : por lo tanto, es preciso procurar que, aún cuando
« no nos arrastre la pasión, no se conserve en el corazón
« cosa alguna que pueda fomentarla, y ser ocasión de
« que, en determinadas circunstancias, se sucumba á ella.
« Por ejemplo, un religioso nada dice, y guarda silencio ;
« pero lo hace por vana gloria. Otro lo hace por compla-
« cencia ó por algún otro motivo que no es laudable. El
« abad Pastor decia á este propósito, que la iniquidad no
« destruye la iniquidad : así es que algunos se hallan en
« hábito malo, sin creer que lo están. »

« Resta hablaros de aquellos que se aplican á desarrai-
« gar sus pasiones. Hay unos que sufren con gozo las inju-
« rias ; pero lo hacen por mero interés. Estos no desarrai-
« gan meritoriamente sus pasiones. Otros, por el contrario,
« se gozan de verse despreciados, y se hallan persuadidos
« de merecerlo. Estos las desarraigan meritoriamente. Otros
« van aún más léjos : pues no sólomente reciben con gozo
« las humillaciones y se acusan á sí mismos, sino que se en-
« tristecen por el pecado que comete el que les ofende.
« Quiera Dios, mis hermanos, que os halleis en esta santa
« disposición. »

« Ved aquí cuanto tendríamos que hablar acerca de esta
« materia. Que cada uno, pues, se aplique á conocer el es-
« tado en que se encuentra : que examine si se halla en el
« número de los primeros, ó sea de aquellos que con plena
« voluntad siguen sus pasiones, ó en el de aquellos que

« sucumben á ellas, más por la fuerza del hábito, que por
 « la malicia de la voluntad ; que considere, si, despues de
 « haber sido vencido, se ha excitado á dolor, y ha hecho
 « penitencia, y si, cuando se esfuerza por reprimir sus pa-
 « siones, lo hace por motivos justos y santos, y no por otra
 « pasión cualquiera. »

« No sólomente debemos hacer exámen cotidiano de
 « nuestras faltas, sino que de tiempo en tiempo, todos los
 « meses, todas las semanas, debemos preguntarnos :
 « ¿ qué impresión me ha hecho durante este tiempo esta pa-
 « sión ? ¿ como me encuentro al presente ? El año pasado
 « me veía dominado por ella, ¿ y ahora ? De este modo es
 « preciso examinar los progresos que se han hecho ; si el
 « estado en que nos hallábamos era mejor ó peor que el
 « actual. »

INSTRUCCION XI.

DEL CUIDADO DE COMBATIR LAS PASIONES ANTES DE QUE SE CON-
 VIERTAN EN HABITOS.

La instrucción que san Doroteo dá á sus religiosos sobre este punto es muy excelente, y puede servir á toda clase de personas. Exhorta muy encarecidamente á no descuidar la enmienda, á no dar lugar á que se fortifiquen las pasiones, sino á combatirlas incesantemente, y aprovechar el tiempo que Dios nos concede. Demuestra, por último, cuán difícil es reprimirlas, cuando, por haberlas descuidado, se han convertido en hábitos, lo cual confirma con más de un ejemplo.

« Hacedlo todo, dice, mis hermanos, con atención, y no
 « obreis con indiferencia ; pues el más pequeño descuido

« nos expone á grandes peligros. Hace poco tiempo que
 « vi á un religioso todavía convaleciente de una enferme-
 « dad, y supe que sólomente le habia aquejado siete dias la
 « fiebre, y que á los cuarenta dias no se habia restablecido
 « del todo. Ved aquí lo que es caer en alguna indisposi-
 « ción : se descuidan los males que parecen leves, y sin em-
 « bargo, el que es de una complexión delicada, por pe-
 « queña que sea su enfermedad, necesita de muchos cuida-
 « dos para restablecer su salud. Otro tanto acaece á las
 « almas.

« Tres causas diferentes impiden la curación de las en-
 « fermedades corporales : ó bién porque los remedios son
 « antiguos y han perdido su virtud, ó bién porque el médico
 « no es suficientemente instruido y emplea un remedio
 « por otro, ó bién, por último, porque el enfermo no guarda
 « el régimen que se le prescribe. Otro tanto sucede con
 « las enfermedades del alma. Pero no puede decirse que el
 « médico no sea perito, que no suministre remedios adé-
 « cuados, ó que estos remedios sean viejos y sin virtud ;
 « pues el médico de nuestras almas es Jesucristo, que con-
 « noce perfectísimamente con su sabiduría infinita las en-
 « fermedades del alma, y aplica los remedios más adecua-
 « dos para curarlas. Por ejemplo, él dá la práctica de la
 « humildad contra la vana gloria : la limosna contra la
 « avaricia, etc. Los remedios de este médico celestial nunca
 « envejecen ; cuanto más se aplican, tanto más nuevos y
 « eficaces son. Luego ninguna otra cosa se opone tanto á
 « la curación de nuestras almas como nuestros propios de-
 « sarreglos. »

« Por esta razón, mis hermanos, nos es de la más abso-
 « luta necesidad no perder el tiempo. ¿ Porque somos des-
 « cuidados ? Hagamos ahora el bién, á fin de que encuentre-
 « mos consuelos y auxilios en el tiempo de la tentación
 « ¿ porqué hemos de pasar inútilmente la vida ? Vemos que